

Caminar de Noche

Enriqueta Antolín

Capítulo 1

Cuando sonó el timbre ella no se movió. Dejó la aguja suspendida en el aire y enseguida volvió la vista a su labor. A mi tía Bertina no le gustaba la luz eléctrica y si por ella fuera no habría entrado una sola bombilla en la casa. Decía que las bombillas son una ordinariez. Pero su marido, el tío Lázaro, era un enamorado de la modernidad, un pionero, un avanzado, un hombre del futuro. Al tío Lázaro, que además era mi padrino, no le hubiera hecho ninguna gracia que se pusiera en duda su prosperidad, y le gustaba mucho decir eso de que yo me he hecho a mí mismo y todo lo que tengo lo he ganado honradamente con estas manos. También le gustaban mucho las bombillas, mala suerte para su mujer. Pero ella no se achantaba fácilmente; hacía su particular huelga silenciosa y apuraba hasta el último rayo de luz del día antes de rendirse. Así que cuando sonó el timbre estaba como todos los atardeceres, sentada encima de la mesa de la cocina, pegada al cristal de la ventana y con los pies sobre el respaldo de la sillita de coser. Yo extendía mis cuadernos de deberes en el mismo tablero que le servía a ella de asiento y trabajaba a palpas. Mucho me temo que me quedé cegato desde entonces.

No sé si recuerdas que yo estaba interno en un seminario de la provincia de Palencia. Pero qué tontería, cómo no te ibas a acordar. Lo que quizás no sepas es que la familia de mi padre era de esa misma zona, por eso fui a parar allí. Mi tía Bertina insistió, había perdido a su hermano pequeño en la guerra, ellos no tenían hijos y querían consolarse con la cercanía del único sobrino. Mi madre cedió y durante años yo pasé en aquel caserón los fines de semana y algunas vacaciones.

Cuando sonó la llamada yo también la oí y se me encogieron las tripas. Odiaba los timbres a deshora desde que una mañana de domingo me lancé a abrir la puerta de casa pensando que seríais cualquiera de los chicos del barrio que veníais a llamarme para bajar a jugar, así que abrí y salí corriendo, todo a un tiempo, y me estampé contra una pared negra, la sotana de don Pascual, el párroco de nuestro barrio. Andaba el hombre de cacería, buscando chavales desamparados, huérfanos de padre como yo, por ejemplo, para llevárselos a servir al Señor. Sí, no te sonrías, te juro que cuando me lo dijo no supe de qué hablaba y pregunté, sin ninguna malicia, que a qué señor. Entonces el cura me arreó un capón, se conoce que para que me fuera haciendo idea de lo que me esperaba, y mi madre, toda llorosa la mujer, intentó arreglarlo diciendo que no se lo tomara a mal, que yo, como era hijo póstumo, era más inocente que un cubo. Pero, perdona, que estoy perdiendo el hilo. Te decía que habían llamado a la puerta y mi tía se había hecho la sorda. Y yo el sordomudo, por si acaso. Al segundo timbrazo nuestras miradas se cruzaron y ella dijo: —Éstas no son horas de llamar.

A mí, acostumbrado a vivir entre dogmas, su razonamiento me pareció impecable. Era verdad, ésas no eran horas de llamar, pero el caso es que habían llamado dos veces y que ahora se oía perfectamente el forcejeo de una llave intentando encajar en la cerradura. Joder, cómo recuerdo todavía lo pequeño que me sentí, las ganas tan enormes que me entraron de que alguien me cambiara cuanto antes aquella mujer tan poquita

cosa por el Guerrero del Antifaz o al menos por el arcángel san Gabriel. Hasta el padrino, y eso que se quejaba tanto de la pierna que le abrasó la metralla en el frente de Teruel, habría resultado más conveniente que la criatura palidísima y apenas más alta que yo que de un salto se plantó en el suelo, se quedó mirando al techo y murmuró en trance: —Dios. Ha vuelto.

Aquella misma semana me habían contado en el seminario la vida y milagros de santa Teresa de Jesús, aquellos encuentros que tenía con el Más Allá. ¿Te acuerdas? La santa estaba en su celda y de pronto aparecía una luz divina y las dos, sí, exactamente, la luz y la santa, tenían unas conversaciones alucinantes, ésa es la palabra. Pues en aquel momento temí que también mi tía hubiera tenido un éxtasis, un arrebató místico o algo así. Menos mal que reaccionó enseguida, volvió a verme, porque estoy seguro de que por un instante yo me había evaporado, y me mandó a mi cuarto con la orden de que no me moviera de allí hasta que ella misma fuera a buscarme para cenar. Aquello me pareció injustísimo, pero como no eran tiempos de rebeldías me tocó aguantar. Me fui remoloneando malhumorado por el pasillo, me agazapé detrás de unas cortinas y escuché: —¿Quién es? ¿Quién es?—preguntaba mi tía en un susurro.

Pero se notaba muchísimo que no esperaba respuesta, que había corrido la mirilla y estaba viendo al dueño de la voz ronca y como extranjera que respondía: —Gemela... Gemela...

Después el ruido de la puerta al abrirse y otra vez la tía, ahora desde el fondo de un pozo: —Así que has vuelto. Pasa, Mundo. Pasa, Mundo... Pasa, pasa, pasa...

Por cierto, nadie vino a buscarme a mi cuarto para cenar y a media noche me desperté sobre la cama sin abrir, vestido, calzado y aterido. Estuve un rato alelado, sin entender nada, inmóvil como un pasmarote. Hasta que de pronto me di cuenta de que por debajo de aquella puerta de mi habitación que siempre estaba cerrada y que comunicaba con el cuarto de huéspedes se filtraba un resplandor muy tenue. Y no sólo eso. Alguien cantaba allí detrás con una voz que entonces no supe identificar como voz de borracho. «Raimundo», me dije, y comprendí de golpe que yo también sabía desde el primer momento quién era el hombre que había vuelto a casa. Raimundo el perdido, el artista tarambana que tiró por la borda del barco en que se marchó a América un futuro tan prometedor. Así se hablaba en la familia de aquel tío mío, hermano gemelo de Bertina, cuyo nombre no se pronunciaba si no era entre suspiros y meneos reprobatorios de cabeza, porque su vida escondía un secreto que no se podía ni nombrar.

Pegué el ojo a la cerradura y sentí las manos pegajosas del miedo posadas en mi nuca. Allí no había nadie. La cama estaba intacta, con la colcha bien tensa. En el suelo una especie de macuto del ejército desparramaba trapos, rollos de papel, cajas, alpargatas... Seguía escuchándose la melopea y todo estaba levemente iluminado, como al rescoldo de una hoguera. Entonces le vi. Estaba acurrucado en un rincón, debajo de una manta. De allí salía la luz, de una linterna minúscula y también de sus ojos, puedes creerme, sus ojos estaban encendidos y acechantes como los de las alimañas en el bosque. Estuve seguro de que me veía, de que me oiría si intentaba retirarme. Creo que hasta quise gritar pero no pude. Y fue entonces cuando, inesperadamente, aquellos sonidos que salían de entre una barba gris y alborotada cobraron sentido. Era una canción tristísima, seguro que también tú la conoces. —Ya se murió el burro, que acarrea la vinagre, ya se lo llevó Dios de esta vida miserable...

Poco a poco, sin darme cuenta, se me fueron aflojando los músculos, empecé a mecerme al compás y, no sé cómo, pero no olvides que un seminarista adolescente puede llegar a ser muy sagaz, se me quitó el miedo de golpe y empecé a sentir una especie de piedad protectora hacia aquel hombre de aspecto salvaje. Porque comprendí que él estaba mucho más asustado que yo.